

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU



Gustavo Gutiérrez

*Profesor emérito del Departamento
Académico de Teología*

Cuadernos del Archivo de la Universidad **35**

Lima, 2004

Entre la experiencia y la esperanza del Perú

Gustavo Gutiérrez

Con toda sinceridad, lo que más me gustaría en este momento es limitarme a decir gracias. Gracias por muchas cosas. Gracias a quienes fueron mis maestros en esta universidad, a quienes fueron mis compañeros de estudios, a quienes fueron mis colegas de enseñanza, alumnos, amigos de más allá de las fronteras de la universidad...

De todos ellos hay representantes aquí esta mañana acompañándome generosamente, y esa es la razón más profunda de mi agradecimiento, no solo hoy, sino en tantas otras horas de mi vida. Quiero agradecer, por cierto, muy especialmente, a los amigos que han tenido la bondad de expresarse en este acto con palabras que, por muchas razones, pero eso no lo voy a poner ahora en discusión, me superan ampliamente, y por eso decía que solo quisiera limitarme a decir gracias. Gracias, de modo particular, al rector de nuestra universidad, Salomón Lerner, no solo por sus palabras, sino también por algo muy importante y significativo: el impresionante testimonio que nos ha dado, y que nos sigue dando, a todos los peruanos por la tarea cumplida en la presidencia de la Comisión de la Verdad y Reconciliación.

Pero comprendo que, en un acto como éste, no puedo limitarme a decirles gracias y a encontrarlos de modo personal. Permítanme, entonces, que diga brevemente las razones que tengo para esa expresión de gratitud. Como ha sido recordado, mi vinculación con la universidad se remonta muy lejos. Estudiante sanmarquino, ingresé posteriormente, en 1948, a la Universidad Católica. Sentía que no todas mis valencias (los cursos de Química hacían que me expresara así en esa época...) estaban satisfechas con mis estudios de ciencias. Otras materias, como la filosofía, la literatura, la historia, me motivaban igualmente. Entré a Letras de la Universidad Católica no con el deseo de cambiar de estudios, sino de abrirme, al mismo tiempo a otra experiencia universitaria.

En este acercamiento a la Universidad jugaron un papel importante algunos amigos mayores. He reconocido siempre la deuda que he tenido a lo largo de mi vida hacia esa generación. Esas personas eran Pepe Dammert, Gerardo Alarco, César Arróspide, Javier Correa Elías y algunos otros. Amigos cercanos. Con ellos conversé la posibilidad de este paso y conseguí entrar directamente a segundo de Letras, llevando algunos cursos de cargo del primer año. Fue una etapa muy rica para mí. San Marcos y la Universidad Católica fueron dos ventanas que me permitieron respirar hondo y comenzar a conocer mi país, a conocer este país nuestro.

En la Universidad Católica me interesé especialmente por la filosofía, porque era lo que pensaba hacer después de terminar segundo de Letras. Recuerdo mucho a algunos de los maestros que tuve: Felipe Mac Gregor, aquí presente, José Agustín de la Puente (solo un semestre, ese año partió a España a hacer su doctorado). Recuerdo muy bien, igualmente, un ciclo de charlas organizado por el Instituto Riva-Agüero sobre filosofía contemporánea, más exactamente, sobre el existencialismo, donde tuve la ocasión de escuchar a Mariano Iberico, al padre Siebers, Paco Miró Quesada, Honorio Delgado y otros. Asistí a algunos seminarios organizados por el mismo Instituto (uno de ellos con Porras Barrenechea).

Más tarde ingresé al seminario para prepararme al sacerdocio. Fue un cambio radical. Estuve fuera un tiempo y allí pude darme cuenta de hasta qué punto me habían marcado esos años universitarios en las dos universidades mencionadas. Con ambas adquirí una deuda muy grande. Estudié -se mencionó hace un momento- filosofía y psicología en Lovaina. Después teología en Lyon y Roma.

A mi regreso me incorporé a la Facultad de Letras y, un tiempo después, a la de Ciencias Sociales, de la Universidad Católica; y me dediqué a la enseñanza y a la vida de patio, como se decía en ese tiempo. Me enriqueció enormemente el contacto con las nuevas generaciones, entre las que tengo algunos de mis mejores amigos. Sentí la enseñanza como una tarea muy importante, y creo que puedo decir que esos están entre los años más hermosos de mi vida.

Desde entonces no perdí, aunque me pareció siempre insuficiente, el contacto con la universidad, contacto cercano desde muchos puntos de vista, aunque dejara de enseñar. Las tareas ligadas al trabajo pastoral y parroquial, así como los compromisos que se derivaban de mis incursiones en la reflexión teológica, crecieron enormemente y me dejaban poco tiempo para responsabilidades que exigían una cierta regularidad.

Mi vínculo con el mundo universitario está, obviamente, marcado por mi relación con la teología. El ámbito universitario es el apropiado para esa disciplina. El diálogo con corrientes de pensamiento distintas alimenta la reflexión sobre la fe cristiana. No hay reflexión sobre la fe si no hay una confrontación con los acontecimientos históricos. Digamos, para mencionar un solo nombre, que es un auténtico paradigma en teología, que ése es el caso de San Agustín. Pero tampoco hay teología sin una relación con el pensamiento contemporáneo, y aquí tenemos otro gran nombre de la teología, Tomás de Aquino. No pretendo decir que hay una división de tareas, entre ellos Agustín más en relación con los acontecimientos históricos y Tomás con el pensamiento del momento. Me refiero a una cuestión de acentos.

De esa manera intentamos con varios amigos, aquí presentes, del Departamento de Teología, llevar adelante esa reflexión en la universidad (y más allá de sus fronteras, en las jornadas de teología en los veranos), en cotejo con el acontecer histórico y el pensamiento contemporáneo, de los cuales vienen fecundas interpelaciones a la comprensión de la fe. Permítanme ahondar un poco más el punto.

Hay una bella expresión del filósofo, y teólogo, Paul Ricoeur, que dice que *la teología se encuentra en la intersección de un espacio de experiencia y de un horizonte de esperanza*. En ese encuentro entre la experiencia y la esperanza, en el espacio cotidiano de nuestra vida y la esperanza, tiene lugar la reflexión sobre el Dios de nuestra fe. Podría decidir de otra manera, tomando un texto del evangelio. En el prólogo del evangelio de Juan se dice que el Verbo, la Palabra, puso su tienda, su carpa, en medio de nosotros, en

la historia humana. Hacer teología es situarse en esa carpa, fuera de ella la inteligencia de la fe pierde sentido y alcance. La presencia del Dios encarnado en la historia humana, con todo lo que ésta tiene de conflictivo y de sufrimiento, de alegría, de esperanza y de construcción de proyectos, es el territorio de esta reflexión. Esta perspectiva lleva de la mano a un breve comentario sobre la experiencia y la esperanza.

En nuestro país el espacio de experiencia es, a la vez, doloroso y estimulante. Siempre me ha llamado la atención la manera en que los peruanos han calificado nuestro país: país legal, opuesto al país profundo; país de desconcertadas gentes, centralismo limeño, país de promesas incumplidas, país adolescente, país hirviendo por realizarse y otras calificaciones más. No es difícil poner nombres bajo esas designaciones, se trata de peruanos que vivieron con intensidad su condición de tales. La Comisión de la Verdad y Reconciliación lo ha dicho de otro modo: con gestos y palabras de personas y pueblos que no habíamos escuchado a lo largo de la historia del país. Partiendo del examen de años particularmente difíciles y crueles, la comisión nos ha hablado del país entero y de su historia. En la presentación del *Informe final*, Salomón Lerner se refirió a dos escándalos contra los que hay que luchar para que no se repitan: el asesinato y el maltrato de tantos, especialmente entre los más pobres e insignificantes, y la indolencia de la mayoría de la población. Todo esto, qué duda cabe, ha dejado una marca muy fuerte en nuestro país, el poder decirlo abiertamente, el haber dado la palabra a los invisibles de nuestra sociedad, a esas personas que han vivido, y viven, en el sótano de la nación, ha sido una experiencia liberadora. Y lo ha sido también haberlo hecho en diferentes lenguas, una de ellas, la más impresionante: en lágrimas.

Se nos plantea, entonces, la cuestión de cómo hablar hoy de Dios en, y desde, la universidad, una universidad que considera importante la perspectiva del Dios que se encarna y que prefiere a los últimos de la historia. Es claro que la universidad no puede prescindir del contexto social en que ella se encuentra, la situación que vive el país.

Sin embargo, antes de dejar este primer comentario, quisiera decir que, simultáneamente al maltrato al que ya he hecho referencia, en medio de los pobres está presente, asimismo, la alegría de vivir, de hacer proyectos, la increíble capacidad, profundamente humana, de nuestro pueblo, de enfrentar con esperanza las vicisitudes de la vida. También eso está en este espacio de experiencia. Si la reflexión surge del Dios de la Biblia, el Dios que nos anunció Jesús, debe tener en cuenta tanto esos sufrimientos y maltratos, como los proyectos y las alegrías. De otro modo, deja de ser un lenguaje sobre el Dios que puso su carpa en medio de nosotros.

Por otra parte, Paul Ricoeur nos hablaba de un horizonte de esperanza, condición de una auténtica reflexión sobre el mensaje cristiano. Para un creyente, la esperanza es un don, pero un don debe ser acogido. Por eso, en la Biblia, la esperanza está ligada a la confianza y a la observación. Tener esperanza significa ser vigilante, la vigilia supone atención a lo que sucede. El vigía está llamado, lo recuerdan los profetas bíblicos, a mirar lejos, ver no solo lo que tiene cerca, sino también lo que apenas germina y discernir lo que va en la perspectiva de la justicia y la vida. A "no quebrar la caña cascada" y a "no apagar la mecha vacilante", como dice el profeta Isaías. Eso es ser vigía y esa es la esperanza. La esperanza no es una ilusión. Supone discernir y estar realistamente atentos, desde la carpa donde Dios entró en la historia humana, la situación que nos rodea, por eso el mensaje cristiano es un mensaje de libertad.

Ensayaré una pequeña ilustración de lo que intento decir. He tenido ocasión de ver hace poco, solo una primera visión, una película notable: *Río místico*, de Clint Eastwood. La primera, y algo enigmática, escena nos coloca en el corazón del asunto: tres niños juegan y una pelota pequeña rueda lentamente, y sin que puedan tenerla, por la calle y se mete a un hueco -un desagüe- y se pierde. La escena es impresionante, tanto como lo es la explicación posterior, que dará uno de los niños, ya adulto, a su hijo: si se pudiera ver lo que hay dentro de ese hueco, ¿no sabes cuántas cosas encontrarías ahí, cuántas pelotas que han corrido hacia él!

El inatajable camino al hoyo expresa la fatalidad que pesa sobre los personajes de la película, un destino ineluctable al que no pueden escapar. Hay algo de tragedia griega en una situación que se impone a todos. En esa camisa de fuerza los personajes discurren por sendas predecibles. Es un mundo sin esperanza y, por consiguiente, sin libertad; en él la esperanza significaría una ruptura, la afirmación de que las rutas no están trazadas de antemano es posible.

La esperanza nos devuelve a la libertad, a la convicción de que podemos tomar la vida en nuestras manos. Ellas son las grandes ausentes en esta película, ausencia -hay que decirlo- presentada con trágica belleza.

Viéndola pensaba en estos días adversos del país. Tiempo de desasosiego, desconfianzas y frustraciones en el que el esfuerzo y los propósitos de tantos en el país, incluso de profesores y estudiantes de esta casa, parecen no ir a ninguna parte, salvo a una especie de inevitable y espantoso agujero. Para hablar francamente, a veces parecería que una oscura voluntad suicida marcara nuestro destino como país. Pensaba también en un sufrimiento sellado por el desconcierto que experimentan muchas personas, los niños, por ejemplo, que sufren sin saber por qué. O en la impotencia de tantos otros que apenas si son conscientes de sus derechos más elementales, destinados a vivir en unos cuantos metros cuadrados hasta el siguiente desalojo. O en todos aquellos que se encontraron, sin buscado, entre dos fuegos en el terrible tiempo de la violencia vivida en el país.

El horizonte de esperanza del que habla Ricoeur, es un llamado a la libertad, es la negación de la fatalidad. El que espera cree que lo que sucede no tiene necesariamente que ser, que el futuro no llega, se hace. La pobreza no es un destino, es una condición; no es un infortunio, es una injusticia.

El informe de la Comisión de la Verdad es un punto de partida para conocer mejor nuestro país, para decir en voz alta lo que durante mucho tiempo ha podido pertenecer, parcialmente, a círculos más o menos reducidos. Ha sabido ir, precisamente porque ha ahondado en la realidad y en las causas

de los años de violencia, a las raíces de la vida nacional. Es un tiempo que se puede convertir en un horizonte de esperanza, en una afirmación de libertad, de ruptura con la idea explícita o implícita de un destino inexorable. En ese marco debe colocarse la inteligencia de la fe en el Dios de la vida, de su reino y de su justicia. Y no solo la teología, el conocimiento en general. Un conocimiento comprometido con *un país impaciente por realizarse*, como decía José María Arguedas.

En ese cometido la Universidad tiene un importante papel que jugar. Quiero, por eso reiterar, para terminar, mi convencimiento del aporte que puede hacer nuestra universidad a la esperanza de un pueblo que aunque nacido en este país todavía no lo siente plenamente como su nación. Espero que en este momento en el que mi pertenencia a nuestra universidad no solamente no se debilita sino que se refuerza con mi condición de *profesor emérito* y, sobre todo, con su amistad, podamos seguir haciéndolo juntos. Gracias por todo.

Fuente:

Gutiérrez, Gustavo, 2004, "Entre la experiencia y la esperanza del Perú", En *Gustavo Gutiérrez. Profesor emérito del Departamento Académico de Teología*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú (Cuadernos del Archivo de la Universidad, 35).

Usted puede copiar, distribuir, exhibir y comunicar este trabajo bajo las siguientes condiciones:

Reconocimientos:

Al autor: citar, reconocer y dar crédito al autor original.

A la revista *Summa Humanitatis*: citarla bibliográficamente.

No Comercial. No puede utilizar este trabajo para fines comerciales.

No Derivados. No puede alterar, transformar, o añadir nada a este trabajo.